
MENSAJE DEL DECANO

Dos remedios para tratar de curar dos males: Para la falta de auto-crítica y auto-complacencia, objetividad y empatía

Dos autos terriblemente peligrosos y destructivos que suelen circular en nuestros días por los andariveles del pensamiento de muchos uruguayos son, por estar con el freno de mano puesto la falta de auto-crítica, y por desbordante compensación y aceleramiento, la sobredosis de auto-complacencia.

Muchos uruguayos hemos perdido la capacidad de hacer auto-crítica por acostumbramiento. Hemos optado por habituarnos a pensar menos y entretenernos más. Resulta más fácil y menos complicado, al menos a corto plazo. Entonces todo lo vemos con esquemas muy simplistas y con opciones dualistas: la falta de auto-crítica nos lleva a pensar que nosotros estamos haciendo siempre las cosas bien o muy bien, son los otros, los adversarios los que no nos comprenden y nos critican pues en definitiva, siempre y en toda ocasión, son ellos los que se equivocan. Y si algo nos muestra, con datos concluyentes, que las cosas son diferentes a como las queremos pensar, entonces esos datos son erróneos. Por lo tanto, si esos datos no reflejan la realidad que nosotros queremos ver, entonces habrá que modificar esos datos y estadísticas para que queden alineados con nuestro pensamiento. Así de fácil. Ya lo decía Hegel, cuando algún osado estudiante se animaba a comentarle en sus clases o lecciones que sus teorías o pensamientos no se conformaban con la realidad: *"Pues ¡peor para la realidad...!"*

La ausencia de auto-crítica nos ciega y nos impide ver nuestras carencias, errores, omisiones y defectos. Solo vemos nuestros aciertos, bondades y virtudes. Y si vemos algo de lo primero, como basura incómoda, lo barremos debajo de la alfombra.



Revista de **DERECHO**

DIRECTOR

Santiago Pérez del Castillo

DIRECTOR FUNDADOR

Carlos E. Delpiazzo

SUB DIRECTOR Y REDACTOR

RESPONSABLE

Miguel Casanova

CONSEJO EDITORIAL

Carlos de Cores,
Alberto Faget Prati
Jorge Fernandez Reyes
Mercedes Jiménez de Aréchaga
Pedro Montano Gómez
Beatriz Bugallo
Miguel Casanova
Juan Manuel Gutiérrez

SECRETARÍA TÉCNICA

Natalia Veloso
Sofía Maruri

CONSEJO ASESOR Y CONSULTOR

David Aronofsky
University of Montana, EEUU

Joseph Daly
Mitchell Hamline University, EEUU

Juan Cianciardo
Universidad de Navarra, España

Eduardo Valpuesta Gastaminza
Universidad de Navarra, España

Esto se traduce y expande a variados aspectos de nuestra vida cotidiana. En deporte, si nuestro equipo pierde, siempre estamos a tiempo de argumentar que fue por culpa del árbitro, del clima, de los cambios en el plantel, de la tribuna que puso nerviosos a los jugadores o del mal estado de la cancha. En lo académico, somos nosotros los que obtenemos las buenas notas, pero son otros, los de afuera, los profesores o calificadores externos los que nos ponen las malas calificaciones. En política, las críticas recibidas por errores de gestión y administración siempre y sin excepción son persecuciones injustas, insidiosas e infundadas (y algún otro “in”, si pudiera agregarse...). En las gestiones comerciales y empresariales, los errores o fracasos provienen siempre por causas ajenas a nuestras decisiones; la incapacidad y la ineptitud son siempre externas, nunca internas. Y en el ámbito familiar, siempre son los otros los causantes de nuestras desdichas; son ellos quienes no nos comprenden, los intolerantes, los incordios, los injustos (y algún otro “in”, si pudiera agregarse...).

Como es natural, siempre en la vida, para procurar tener cierta coherencia, buscamos alinear nuestros actos con nuestros pensamientos y ello para rendirle homenaje a aquel dicho popular que establece “*Quien no vive como piensa, termina pensando como vive...*”. Entonces llega el antídoto mágico que todo lo soluciona: la auto-complacencia. Ese sentimiento o actitud que nos hace sentir satisfechos con nosotros mismos. Si al comienzo tuviéramos alguna duda en cuanto a esa propia satisfacción, siempre podemos recurrir a las comparaciones tendenciosas y subjetivas: bueno, es cierto, no estamos tan bien; pero comparados con otros, estamos mucho mejor, así que ¡regocijémonos y festejemos pues podríamos estar bastante peor! Una vez hecha la comparación y arraigada la sensación de que no estamos tan mal, entonces viene la segunda etapa, y ponemos la segunda velocidad a nuestro “auto”: el conformismo, el no apuntar más arriba, para quedarnos en la cómoda postura facilista de no exigirnos más, total, ¿para qué? Es la resignación frente a la mediocridad, ante la grisura, al más o menos, que le rinde una especie de culto a la chatura, y que baja los listones del esfuerzo en vez de subirlos.

Este enfoque es la mejor receta para no emprender nada nuevo, que nos complique la existencia o que suponga mayores esfuerzos y sacrificios. Estamos bien como estamos y no tenemos ninguna intención de cambiar. La auto-complacencia es aliada de la falta de iniciativas personales o colectivas, se opone a los emprendimientos que supongan creatividad e innovación y mira con desconfianza todo intento de mejora, sea en el ámbito que sea. Por el contrario, se empeña en poner palos en las ruedas, en obstaculizar, demorar y trabar toda iniciativa o nuevo proyecto, en especial si el mismo no proviene de sus propias filas, de su entorno. Por esa simple razón, por no ser “propio” sino “ajeno”, buscará criticarlo y si fuera posible, destruirlo.

Hecho el diagnóstico, apuntemos a la solución o remedio para evitar esta actitud auto-complaciente. Por supuesto, es promover y desarrollar la auto-crítica. Pero esto no es tan sencillo. Para conseguir este antídoto, es necesario cultivar otra actitud: la objetividad. Ser objetivo, en cualquier ámbito de la vida, no es fácil. Pero que sea difícil, no implica que sea imposible y que al menos no se pueda mejorar continuamente en lograr mayores dosis de objetividad.

Un primer paso, (siempre los primeros pasos son los más bravos), es procurar salirse de uno mismo y verse desde la tribuna; como esto resulta en la práctica imposible, pues nadie tiene el don de la bi-locación, lo mejor y recomendable es que alguien lo haga por nosotros. Que una persona idónea, cercana y con ganas de ayudar, nos mire desde afuera y nos señale qué estamos haciendo bien y qué mal o no tan bien. Esto es puro sentido común: si en cualquier deporte las personas precisan y se apoyan en las indicaciones de un técnico o “coach” que las observa desde afuera, ¿por qué no serán necesarias esas perspectivas externas en otros ámbitos como el laboral, empresarial, el político o el familiar? Insisto en el término idoneidad porque es clave. Si la persona colocada como observador externo no tiene la capacitación suficiente para realizar los comentarios, observaciones y sugerencias necesarias para lograr un mejor desempeño o corregirlo, entonces de nada sirve. Sobran ejemplos de la historia que nos muestran cómo muchos dirigentes, líderes, gobernantes o simplemente personas que ocupan cargos de gestión, administración o gobierno se rodean de abyectos adulones disfrazados de la expresión “amigos o asesores”, que solamente los aplauden, nunca los critican ni les señalan aspectos para mejorar. Si esto lo hacen con buenas intenciones, pero con falta de idoneidad, son cómplices involuntarios de los fracasos a venir. Si lo hacen con mala intención, aunque sean muy idóneos en lo que hacen (recuerdo en este momento los consejos de Iago a Otelo en la famosa tragedia de Shakespeare) entonces son los perfectos impulsores y promotores de las ruinas y desastres que tarde o temprano le sobrevendrán a sus asesorados. Enamorarse de los aplausos, provengan de donde sea, y no aceptar críticas de ningún sector o persona, es la receta perfecta de los tiranos, de los soberbios, de los injustos e imprudentes. Y en general, así les va...

Un segundo paso a dar es pasar de la objetividad (salirse de uno mismo) a la empatía (ponerse en el lugar de otro). Si el primero vimos que no era sencillo, éste puede ser más complejo y difícil. Pero una vez más, no resulta imposible. Es ir logrando la capacidad de comprender y comprender los problemas y situaciones dramáticas y conflictivas con los ojos de quienes los están padeciendo. Ponerse en los zapatos ajenos es tarea ardua, pero muy eficaz a la hora de tratar de entender mejor las cosas, para evitar intolerancias o juicios demasiado tajantes y drásticos. La empatía hace más fácil el diálogo, tiende puentes y se aproxima mejor a la búsqueda de soluciones cuando hay conflictos.

Pedir consejos y aceptar de buena forma las críticas o sugerencias de mejora es – en el lado opuesto – el mejor camino a tomar antes de tomar decisiones clave en la vida. Esos consejos y advertencias fomentarán la capacidad de auto-crítica y al menos pueden disminuir la peligrosa y siempre presente tendencia a la auto-complacencia.

La empatía por su lado, es buena compañera a la hora de encarar diferendos o conflictos para procurar que los mismos no terminen en simples victorias de unos frente a otros, que siempre pueden traer revanchismos, sino en soluciones que siempre serán más duraderas y estables.

Julio, 2019.

Nicolás Etcheverry Estrázulas